

Educación

V CONGRESO INTER-AMERICANO DE EDUCACION CATOLICA

Discurso del R. P. Carlos Guillermo Plaza, S. J., Delegado de Venezuela, Rector de la Universidad Católica de Caracas, en la sesión de clausura del V Congreso Interamericano de Educación Católica.

Eminentísimo Señor.

Excelentísimo Señor Nuncio de S. S.

Excelentísimos Señores.

Honorables Representantes de los Poderes Públicos y del Cuerpo Diplomático.

Delegados al V Congreso Interamericano de Educación Católica.

Señoras; Señores.

Se exige mucho porque se espera mucho.

A más de uno habrá parecido el contenido de nuestro programa demasiado ambicioso. ¿No resulta exagerado, utópico, lo que exigimos del maestro?

No! Exigimos mucho, porque esperamos mucho.

Exigimos mucho porque tenemos una alta idea de la educación, de nuestra responsabilidad, de la juventud de América.

Exigimos mucho porque soñamos en fraguar un tipo humano que sea la quintaesencia de lo tradicional y moderno, de lo humano y lo divino: el hombre integralmente cristiano.

Exigimos mucho porque de sobra nos percatamos que en estos tiempos borrascosos que atraviesa la humanidad, urge la presencia de recias personali-

dades, de voluntades graníticas, de almas regias.

A la campaña de odio urge oponer una campaña de amor.

A tiempos tempestuosos, hombres tempestuosos, en frase feliz del Papa. La conciencia de nuestra responsabilidad de educadores se agudiza por contraste con el tiempo en que nos ha tocado vivir.

Bancarrota de la hora actual. Epoca de quiebra de los valores filosóficos, en que serpea una concepción chata y hedonista de la vida. Epoca en que pulula un escuálido tipo de hombre, egoísta y apegado a la tierra.

Somos portadores de una concepción humana más alta.

Portadores de un mensaje de redención. El mensaje que fraguó la cultura occidental cristiana.

Poseemos una jerarquía de valores.

Poseemos un ideal de formación humana.

Poseemos la conciencia de nuestra responsabilidad.

Por eso, exigimos mucho al maestro.

Jerarquía de valores.

Nuestro credo; nuestra fe, se cifra en una jerarquía de valores.

Los educadores católicos creemos, ante todo, en los valores supremos del espíritu.

Creemos en un Sér soberano, fuente primera y fin último de todas las cosas. Un Sér que hace salir su sol sobre buenos y malos. Creemos en Cristo, Verbo encarnado. Creemos en su Evangelio.

Por ello, exigimos del educador religiosidad, vida honda de espíritu, cabal conocimiento del Evangelio.

Creemos en la dignidad de la persona humana, portadora de valores trascendentes. En su alma inmortal. En su destino temporal y eterno.

Por ello, nuestro empeño en llevar esa persona a su plenitud.

Creemos en América, el continente-milagro. América: reserva humana, repertorio de futuro y refugio de la cultura occidental cristiana. El continente-esperanza donde reina la paz.

Creemos en la juventud, en cuya alma corre la sangre de la generosidad,

el empuje caballeresco del ideal, la férrea voluntad de victoria.

Creemos en la fuerza transformadora de la educación, que es gracia de Dios y consagración humana; plegaria y trabajo; espíritu y técnica; tradición y modernidad; anhelo y entrega.

Ideal de formación humana.

Los educadores católicos, de acuerdo con esa jerarquía de valores, poseemos un ideal de formación humana.

El hombre integralmente formado, en toda su plenitud, en toda su musicalidad, natural y sobrenatural, telúrica y celeste.

El hombre en su dimensión de profundidad: flor sangrante de agonía, nacido de la tierra; el hombre, en su dimensión de altura: príncipe desterrado, del linaje de los dioses. El hombre materia y espíritu; carne y pensamiento; tortura y liberación.

El hombre, frágil "caña pensante"; pero caña sobre la cual se ha posado la-sombra augusta de Dios.

"Pola ta deina, k' ouden anthropou deinoteron pelei".

Muchas cosas hay en el mundo misteriosas: pero nada tan misterioso como el hombre, cantaba Sófocles.

A ese mundo misterioso, mezcla de barro y de ángel, al hombre, queremos llevarlo a la plenitud de su destino.

Permitidme que recoja, en forma condensada, el fruto de nuestros esfuerzos a lo largo de estos días. Perdonadme la forma improvisada, ya que las conclusiones sólo hace poco recibieron su aprobación definitiva.

Comentario sintético de las Conclusiones.

1º) Sabido es que nada influye tanto en el alumno como la personalidad del maestro.

Esa personalidad actúa por irradiación, por contagio inconsciente. De ahí, la preocupación de la **PRIMERA COMISION** por delinear los rasgos característicos del maestro ideal. Se le propone, ante todo, como modelo, a la Persona del Divino Maestro. Se recalca la necesidad de que posea un intenso espíritu sobrenatural, el cual florezca espontáneamente "en su vida de fe, apostolado y amor a su misión". El maestro ideal deberá ser modelo de virtudes cristianas y naturales, ya que nada a-

rrastra tanto como el ejemplo. Entre las virtudes, se subrayan, como muy importantes, la constancia, la justicia y el amor a los educandos, clave este último, de toda verdadera pedagogía. Se expresa la necesidad de que el maestro posea una capacidad intelectual cual exige su alta misión. Deben brillar en él: el dominio emocional y la orientación social de toda su personalidad, la cual se reflejará en una actitud de comprensión, simpatía, interés y sacrificio en aras de sus educandos. Finalmente se exige de él verdadera competencia profesional.

Especial importancia merece la selección del maestro, debiéndose emplear para ello las técnicas modernas más apuradas.

No sólo estudia esta Comisión los rasgos del maestro ideal; se refiere también a ese valioso colaborador de los Colegios Católicos: al profesor seglar. Para éste se reclama un nivel de vida económico que sea decoroso: aseguren los Colegios Católicos "al Profesor seglar el salario, las ventajas y las prestaciones que reclama la justicia social cristiana". Ojalá llegue pronto el día en que sea realidad general en todas las naciones lo que en muchas se está ya practicando: la equiparación de salarios y prestaciones entre el profesorado particular y el que figura al servicio del Estado.

2º) Parte de la formación integral de la juventud es la adquisición de conocimientos científicos y literarios que preparen para las carreras superiores y constituyan una sólida base humanística. Por ello, el maestro de Primaria y el Profesor de Enseñanza Media deberán poseer, cada uno dentro de su esfera, una amplia cultura general, un depurado humanismo y los conocimientos correspondientes a su especialización. La **Comisión Segunda** determina qué materias deberán integrar el **pénsum** en cada uno de los niveles.

3º) Todo hombre necesita una filosofía. Todo hombre necesita responderse a sí mismo las preguntas cruciales que se plantea un sér pensante: de dónde vengo? a dónde voy?. Filosofía íntima, personal, fruto de honda reflexión. Filosofía que dé sentido a la vida humana y que sirva de defensa contra el aluvión de errores y extravíos intelectuales tan en boga en nuestros días. Cómo podría dar esta formación filosófica el maestro, si él mismo no empieza por ser un íntimo convencido y un infatigable buscador de la verdad?

La **tercera Comisión** prescribe, a todo educador, el conocimiento de la filosofía perenne; "el de primaria, al menos en sus tesis fundamentales; el de secundaria, de modo que pueda demostrarlas y defenderlas; y el de universidad, profundizando, además, aquellos aspectos pertinentes a su cátedra".

Al lado de la filosofía perenne y como complemento indispensable para una recta formación se recomienda la filosofía de la educación. Deberá estar capacitado para refutar los errores y troquelar el alma de sus alumnos contra ellos. Como medios prácticos se proclaman: la elaboración de programas y textos de filosofía; los cursos de vacaciones; los concursos; los congresos nacionales e internacionales de filosofía que estimulen el pensamiento católico.

4ª) No estaría a la altura de los tiempos modernos. un colegio católico si no incorporara a su estructura las técnicas y procedimientos de la Ciencia de la Educación. Con razón se ha llamado a nuestro siglo, el "siglo de la Pedagogía", por el singular auge que en él ha cobrado esta disciplina. La Comisión cuarta se aboca al estudio del equipo técnico pedagógico que deberá poseer un educador católico de nuestra época. Ante todo, se subraya la necesidad de una carrera bien hecha, a fondo, antes de empezar a ejercer el magisterio. Pero se afirma, al mismo tiempo, que los estudios habrá de prolongarlos el maestro a través de toda su vida. De nuevo se inculca la urgencia de conjugar cultura general y especialización; se recalca que el maestro deberá apoyar su magisterio, sí, sobre los principios y espíritu de la tradición cristiana; pero simultáneamente "se esforzará por incorporar todo aquello que signifique un positivo avance en cuanto al conocimiento del niño y a la técnica y procedimientos generales de la enseñanza".

Se detiene la **Cuarta Comisión** a estudiar un delicado campo de la educación: los primeros años de la infancia. Años decisivos en que el psiquismo presenta el más alto índice de plasticidad. Se proclama la necesidad de una verdadera especialización en Pre-primaria.

Como asignaturas integrantes del bagaje técnico del pedagogo, se enumeran: la Psicología evolutiva; la Psicología Pedagógica, la Caracteriología aplicada a la educación, la Pedagogía ex-

perimental, la Psicología y la Orientación Profesional. Naturalmente que no se pretende que todo educador deba poseer profundos conocimientos en todos estos campos: ello pertenece más bien al especialista. Pero sí se reconoce la conveniencia de adquirir una iniciación básica en todas estas materias.

La escuela no es una institución cerrada; su misión es irradiar cultura y proyectar sus luces sobre la sociedad. Urge, de consiguiente, que el educador conozca a fondo las diversas estructuras sociales y, en especial, el ambiente vital en que se desenvuelve la vida y sus alumnos. Se le recomienda por ello el estudio de la Sociología general y de la Sociología educativa; se le recuerda que "deberá estar en íntimo contacto con los problemas ambientales que rodean a la niñez y juventud de nuestro tiempo". Se considera el sistema de encuestas-cuestionarios como eficaz medio de penetrar en los repliegues del alma del adolescente americano: llévense a cabo y déense a conocer sus resultados.

Finalmente, en esta Cuarta Comisión, se concede especial importancia al Psicólogo escolar: ese eficaz colaborador del director, de los maestros, del padre espiritual y de la familia. Algunos de los miembros de las Comunidades religiosas deberían especializarse como Psicólogos escolares, de manera que cada colegio contara con ellos al frente de un Gabinete Psicopedagógico; de las múltiples funciones del psicólogo se mencionan explícitamente dos: el tratamiento de casos de desajuste escolar y la orientación profesional, al menos en su fase más genérica. Se lanza un llamamiento a las Universidades católicas y a los centros de estudios superiores para que faciliten la posibilidad de adquirir tan importante especialización.

5ª En el conjunto de la formación integral, nada tan humano y profundo como el aspecto moral y religioso. En último análisis, el espíritu de responsabilidad, el carácter, la bondad de corazón, la religiosidad, es lo que más vale en el hombre. Es lo que decide de su propia felicidad. Cultivar en los alumnos estos aspectos presupone en el educador una sólida preparación científica y toda una vida de experiencia personal. La **quinta Comisión** aborda este tema.

Comienza por destacar la persona misma del maestro, como proyección viviente de la Iglesia en el recinto de la escuela. Alude a su tarea educado-

ra que reviste el sagrado carácter de una misión que le ha confiado Cristo a través de la Jerarquía eclesiástica. Recuérdese que los Colegios de los religiosos son Colegios de la Iglesia. Pero qué podría lograr el maestro en el orden educativo si él mismo no vive de la gracia y no fomenta en su corazón un puro y aquilatado amor sobrenatural hacia sus alumnos? Debe ser todo un profesional, no un simple vulgarizador. Ello supone pleno dominio de ciertas asignaturas básicas que se enumeran. Debe echar mano de las técnicas pedagógicas más eficaces para aplicarlas a la enseñanza de la más alta de todas las ciencias: la Religión. Debe poseer un título que acredite su capacitación. Especial importancia a este aspecto deben conceder las Universidades y centros de cultura superior. Por lo que toca a las Religiosas, deber suyo es capacitarse para poder atender a los problemas psíquicos y morales que confrontan sus alumnas.

6º) Se encarga la Sexta Comisión de urgir de nuevo la necesidad de los títulos académicos: "El V Congreso Interamericano desea y urge que se ponga todo el empeño posible por parte de los directores de colegios y superiores religiosos para que todos los maestros que de ellos dependen estén provistos de títulos académicos oficialmente reconocidos". Lo exige así el mismo prestigio de la educación católica. Se urge la creación de centros de cultura superior donde se impartan títulos académicos: universidades católicas, escuelas normales superiores, centros de especialización. Al profesorado titulado deberá otorgársele preferencia en los institutos docentes. Las Federaciones deberán organizar cursos de vacaciones para contribuir al perfeccionamiento de los educadores.

7º) Hacer de la Confederación Interamericana de Educación Católica (CIEC) un organismo cada vez más eficiente; cerrar filas y dar mayor compactación a las fuerzas vivas que gravitan en torno al problema educacional; hé ahí el cometido de la séptima Comisión. Muchas e importantes conclusiones fueron aprobadas en el seno de esta Comisión, cuyas sesiones se prolongaron hasta avanzadas horas de la noche.

Deseo destacar algunos aspectos particulares que considero de singular relieve.

a) Educación cinematográfica.- Arte

polivalente, profundamente humano, el cine ha merecido la atención de los educadores católicos. El Papa ha trazado el derrotero, recalcando el valor educativo del mismo. Se trata de utilizar el cine como instrumento de formación humana; se trata de crear ante el mismo una actitud consciente, crítica, activa. Se trata de una toma de posición psicológica. El joven no deberá asistir como espectador pasivo que se deja suggestionar por la fosforescencia de la pantalla, no! Deberá estar capacitado para enjuiciar una película desde los aspectos más diversos: estético, ético, técnico, etc., con ello, no sólo se resguardará mejor el influjo pernicioso de cierta clase de películas, sino que podrá captar los valores positivos y extraer el zumo de educación que contengan. Como medio práctico se recomienda que en todo colegio haya un responsable de la educación cinematográfica. Nótese bien que no se trata de un censor de películas, sino de un verdadero educador que sepa introducir a los adolescentes en la apreciación del cine y de la televisión. Especial relieve se concede a los Cine-Clubs o Cine-forums, cuya organización se encomienda a las Federaciones Nacionales de Colegios Católicos. Me permito felicitar efusivamente a los delegados de Cuba aquí presentes por haber convertido ya, en brillante realidad, esta recomendación del Congreso.

b) Educación social.- Todos los Congresos Interamericanos se han ocupado de este tema de tan palpitante actualidad. Se trata de superar el espíritu burgués, el egoísmo estrecho y la áurea mediocridad como meta suprema de la vida. Se trata de crear una amplia actitud social y una sana inquietud por los problemas sociales. Para ello se requiere una intensa formación social de maestros y profesores. Como medios: la creación de la cátedra de Sociología cristiana en Universidades, Seminarios y Casas de Formación religiosa; la elaboración de manuales de doctrina social cristiana; los cursillos de formación social: las asociaciones católicas que permitan a los educadores conocer directamente el funcionamiento de las organizaciones obreras. Por último, se proclama la fundación de un Secretariado Social dependiente de la CIEC.

c) Educación patriótica.- El amor a la Patria es una virtud cristiana. La Patria es una prolongación de la propia familia. Los educadores católicos poseemos una amplia concepción de la Patria: no sólo abarca a la Patria del

pasado (la Patria heroica), sino a la Patria del presente y del futuro.

Por consiguiente, el verdadero amor a la Patria —el auténtico patriotismo— no debe cifrarse solamente en un lírico recuento de glorias pasadas. Debe, sí, afincarse en el pasado; pero para mejor comprender el presente y construir el futuro. El legítimo patriotismo se vuelca hacia el presente y entraña una actitud de servicio: la voluntad de colaborar a la construcción y engrandecimiento de la propia nación. Debe orientarse hacia el futuro: porque cada ciudadano está llamado a ocupar su puesto de honor y a trabajar por el desarrollo de su Patria.

Para dar formación cívica, patriótica, el educador deberá conocer a fondo el pasado y el presente nacionales, según se formula en la conclusión del Congreso: "El maestro católico deberá poseer un conocimiento profundo de la historia, la literatura, la geografía, las tradiciones y el folklore nacionales; asimismo deberá conocer el ambiente social, los problemas y realizaciones del país donde trabaje. De esta manera quedará capacitado para inspirar a sus alumnos un auténtico y noble amor a la Patria".

Para mejor lograr este objetivo, propiciamos todo aquello que ponga en contacto directo al alumno con la realidad nacional: "Se aconseja acercar lo más posible el alumno a la realidad social de aquellas clases que, como el proletariado y campesinado, confrontan difíciles condiciones de vida en muchas regiones". (IV Congreso Interamericano).

d) Educación americana y ecuménica. Más allá de la propia Patria está la gran Patria América y la vasta superficie de la tierra.

Los educadores católicos aspiramos a enseñar a nuestros alumnos a ser ciudadanos de América y ciudadanos del mundo.

Aspiramos a crear en ellos una actitud de comprensión, simpatía y humanismo ante todas las culturas, todas las

razas, todos los pueblos. Aspiramos a que lleguen a valorar con exultación cuanto de bueno, noble y positivo germina en todas las latitudes. Con ello, creemos estar contribuyendo a la consolidación de la paz; ya que la paz y la guerra, en última instancia, se gestan en el corazón del hombre.

Sofiamos con esa fraternidad universal, suprema aspiración del Cristianismo.

Pero no nos preocupan tan sólo nuestros problemas. Más allá de los muros escolares, esta América. Y en América, al lado de las grandes ciudades relampagueantes de luces, sigue enhiesto el triste bohío en el seno oscuro de la noche.

Al lado de la abundancia, se yergue la miseria.

Junto al niño bien trajeado, pasa escurridizo, exhibiendo su miseria, el niño abandonado cubierto de harapos.

Existen dos Américas:

La América culta y progresista; la América oscura y por descubrir.

La América de los palacios y rascacielos; la América de las zonas aisladas y malsanas.

La América abundante y regocijada; la América escuálida y lúgubre.

Existen dos moradores de América: el ciudadano culto, en minoría; el analfabeta en mayoría;

El rico egoísta y refinado; el indio de los bosques, el negro de la costa, el campesino desnutrido.

Esa segunda América, la hosca, la triste, la enlutada, oprime nuestro corazón de educadores católicos. ¿Vamos a permanecer insensibles, los brazos cruzados, ante el espectáculo de millones de analfabetas cuyo nivel de vida ni siquiera es humano? ¿Vamos a contemplar, los ojos enjutos, el escuadrón de niños que deambulan sin rumbo fijo por el laberinto de nuestras ciudades de muros insensibles? Urge que busquemos una solución de emergencia. Si no podemos llegar personalmente hasta

donde estén ellos, lancemos siquiera nuestra voz, que penetre el bosque, escale la montaña, invada el ámbito del bohío: echemos mano de la radio. Me permito pedir un voto de aplauso para ese sacerdote colombiano que ha extendido su celo, los brazos de su espíritu, hasta llegar, a través de las escuelas radiofónicas, a más de doscientos mil campesinos.

Bien está que pensemos en la tecnificación de la enseñanza; pero con maestros especializados no lograremos resolver el problema del analfabetismo en América. Urge crear un tipo de maestro de base, ágil, apóstol, adaptado. No desarraiguemos al maestro de su ambiente natural! En este sentido, el Congreso se promete colaborar con todas aquellas entidades que laboran por la elevación progresiva de las masas populares, como la UNESCO y la OEA: "El V Congreso Interamericano de Educación Católica alienta encarecidamente a las Federaciones Nacionales para que secunden a toda campaña emprendida en sus respectivos países para la alfabetización campesina o la llamada educación fundamental". Educación fundamental que, impregnada de sentido cristiano, representa el minimum de nivel humano que corresponde a todo habitante de América.

Educadores: grande es nuestra responsabilidad.

Sobre nuestros hombros llevamos a América. Ese peso augusto, noble, lo compartimos con el Estado y con los

padres de familia. Hay naciones en que el Estado lleva la mayor parte; hay otras, en que el peso más grave oprime nuestras espaldas de educadores.

En solemne desfile, al lado del Estado, nosotros, educadores católicos, vamos conduciendo ese peso augusto de América, cuesta arriba, hacia la cumbre de su luminoso destino.

América será lo que nosotros seamos. En América germinará lo que nosotros sembremos.

Si sembramos en los generosos surcos de la tierra americana, luces de saber, rectitud de principios, bondad de corazón, América se cubrirá de flores.

Los laureles de una juventud lozana de cuerpo, vertical de espíritu, poseída de una sagrada pasión de altura.

Si sembramos Evangelio, cosecharemos luminosidad de vida: porque Cristo dijo: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida".

Si sembramos inmolación, recogemos una América, grande, fuerte y cristiana.

Educadores: estamos atravesando un peligroso recodo del camino, rumbo hacia la altura: **QUE NO SE NOS CAIGA AMERICA DE LOS HOMBROS!** que no se nos quiebre y despedace América; que no ruede hacia la sima del ateísmo materialista.

Educadores: sea nuestro lema: **AMERICA PARA DIOS; LA JUVENTUD PARA AMERICA Y NOSOTROS PARA LA JUVENTUD.**

CARLOS GUILLERMO PLAZA, S. J.

